CAPÍTULO XI.

DE ALGUNAS MODIFICACIONES INDISPENSABLES EN LA EDUCACION DE LAS NIÑAS.

> Inculquemos á cada instante á las niñas, que estan destinadas á hacer la felicidad de un hombre; su educacion ha de consistir en hacerles conocer los medios para conseguirlo, en inspirarles un gusto hácia ellos, haciendo depender de aquí su gloria.
>
> (Madama BERNIER, *Discurso sobre la educacion de las mujeres*. Paris 1803.)

> Es bien claro que las mujeres no han ganado en esta costumbre, pero me admiro de que los hombres quieran todavía consentir en ello.
>
> (Madama DE REMUSAT, *Ensayo sobre la educacion de las mujeres*, p. 136.)

SE acusa al matrimonio de todos los males que acabamos de bosquejar, acusacion injusta: el matrimonio es bueno; las malas son nuestras educaciones; así el que las corrija, rehabilitará el matrimonio. ¿De qué se trata? De una cosa muy sencilla, pero que no se ha ensayado aun: de acostumbrarnos desde nuestra niñez á todas las ideas, á todos los sentimientos que han de ocupar nuestra vida.

Quisiera particularmente fijar la atencion de las niñas en la eleccion de su marido, educarlas para esta eleccion, imprimir profundamente en su alma las señales de un amor verdadero, á fin de que no se dejasen seducir por lo que no lo es sino en apariencia.

¿No han sido criadas para amar? Esta felicidad ¿nº ha de extenderse á toda su vida? ¿No es á un tiempo su reino, su fuerza y su destino? y sin embargo subsiste todavía en las familias una antigua preocupacion que abomina el amor; las madres olvidan en presencia de sus hijas los riesgos de que las rodea esta educacion limitada, las ilusiones que nacen de su ignorancia, y las debilidades que siguen á estas ilusiones.

Abrir el alma de las niñas al amor verdadero equivale á armarlas contra las pasiones corruptoras, que usurpan su nombre, llevando esto la doble ventaja de que exaltando las facultades amantes del alma, se paralizan en cierto modo las pasiones delirantes de los sentidos.

Examinad la primera eleccion de una jóven: de todas las cualidades que le gustan en su amante no hay una siquiera que convenga á un marido; y realmente no acierta á ver en su amante mas circunstancia que la belleza del semblante, ó tal vez su gracia en el vestir. ¿Y no es esto el fallo mas completo de nuestros sistemas de educacion? Temerosos de conmover demasiado su corazon, ocultamos á las mujeres todo lo que es digno de amor; dejando que se evapore en mil futilidades el sentimiento de lo bello de que naturaleza las dotara, se agradan de los exteriores, desconocen lo interior, y cuando al cabo de seis meses de matrimonio, buscan al jóven encantador cuya presencia les embriagara, se admiran de hallarse con un impertinente ó con un mentecato. Sin embargo la sociedad da generalmente á estos matrimonios el nombre de matrimonios de inclinacion.

Es cierto que en el actual estado de costumbres, cuando se trata de casamiento pocas veces cuentan los padres con la voluntad de las hijas: llaman su

atencion no sobre el marido, sino sobre el matrimonio, resultando de ahí, que la mayor parte de las niñas piensan en el matrimonio sin acordarse del marido. Por su parte los padres no piensan sino en nivelar los intereses; su objeto, dicen, es asegurar la suerte de sus hijos, y bajo esta idea tratan el matrimonio como un asunto de comercio, como una cosa que da un estado en el mundo; olvidando que es tambien una cosa que trae la felicidad ó la desgracia de la familia. ¡Así es como nuestra loca sabiduría ha conseguido suprimir el amor del matrimonio, habiéndolo convertido en un trato, en que las niñas compran el poder de llevar el gasto de su casa, de salir solas y de buscar á su alrededor aquella mitad de su alma, aquel ser sublime que la adolescencia sueña, y que la juventud quiere poseer!

Nuestras educaciones pueden fácilmente engañar nuestras inclinaciones, pero jamas conseguirán extinguirlas; el hombre y la mujer son un mismo ser, á cuya reunion tiende invenciblemente naturaleza por medio del amor!

El sistema actual es una decepcion, que apartando el peligro de la casa paterna, lo lleva á la del marido. ¡Educacion singular, cuyo solo objeto es echar á otro el pesado fardo de nuestras imprevisiones! Así en el actual estado de cosas, las niñas no acertarán á hacer una eleccion por falta de experiencia, y la eleccion de los padres es casi siempre mala, por falta de memoria. Nos hemos colocado entre los males, sin dejar al bien ni aun los azares.

Para salir de una situacion tan deplorable no hay otro medio que dar mas libertad y mayor instruccion á las niñas. Quisiera grabar en su alma un modelo ideal de todas las perfecciones humanas, y enseñarlas á someter sus inclinaciones á las decisiones de este modelo; así al paso que las libraria de su semi-esclavitud, las acostumbraria á apoyarse en sus propias fuerzas, lo que fuera á sus virtudes mas ventajoso de lo que se cree; y al propio tiempo que desarrollaria en ellas el sentimiento innato del bello moral, las acostumbraria á buscarlo por todas partes, ó por mejor decir, á preferirlo á todo. Llegando á un estado semejante, no habria que temer el amor, porque la llama que devora no haria mas que iluminar y vivificar.

Mas tarde sabremos cómo hemos de desenvolver el sentimiento de lo bello, poderoso resorte de la educacion moral. Digo desenvolver, porque el sentimiento existe en nosotros; él es el que da pábulo á los deseos de la adolescencia, y en sus juegos y en sus amistades le hace formar idea de cosas cuyo modelo no ha visto jamas. Él es el que enseña al poeta y al pintor á coger la naturaleza en sus acepciones mas interesantes y mas vivas; él es en fin el que al leer las obras de Plutarco, transporta al niño á la vida heróica, cuando apénas separado del regazo de su madre, desprecia el crímen que da coronas y adora la virtud que conduce á la muerte.

No borreis esas nobles inspiraciones, porque todas ellas tienden á la virtud: son el camino de las perfecciones indefinidas, y solo ellas pueden enseñarnos á desmaterializar el amor, y á desinteresar nuestros afectos.

CAPÍTULO XII.

EDUCACION DE LAS MADRES DE FAMILIA.

PLAN GENERAL DE ESTA OBRA.

> Solo nosotras, Lacedemonienses, decia la esposa de Leónidas, mandamos á nuestros maridos, porque solo nosotras formamos hombres. (PLUTARCO.)

> Una mujer que piensa; quita de ahí!... La mujer ha de reir, reir siempre; esto basta á su noble mision en la tierra; esto basta para conservar un humor placentero con el augusto rey de la creacion.
> (LESSING, *Emilia Galotti*, act. IV. sc. 3ª.)

He puesto patentes los vicios de nuestras educaciones de moda, y sin embargo no propongo reforma alguna general. Educacion de convento, educacion de colegio, educacion de familia, método antiguo, método moderno, no importa, las admito todas; pero concluida esta primera educacion, tomo por mi cuenta la discípula y comienza la mia.

La mujer ha salido de la casa paterna; ya es esposa, ya es madre: su solicitud no le deja un momento de reposo. Lee y vuelve á leer á Fenelon, madama de Beaumont, madama Guissot, madama de Remusat, y buscando por todas partes métodos que la dirijan, un instinto secreto le revela que para desempeñar cual corresponde la educacion de su hijo, tiene que volver á principiar la suya.

El primer pensamiento que conviene inspirarle, es que se dedique un poco ménos á lo que debe enseñar al niño, y se detenga un poco mas en lo que deba inspirarle. Bastantes habrá que le instruyan, al paso que solo ella puede hacerle virtuoso: ¡buena madre! apodérate del alma, á fin de dirigir un dia el entendimiento.

Este es el punto capital, ó por mejor decir, el resúmen de la educacion de las madres de familia. Trátase en efecto de sacar á las mujeres del estrecho círculo en que la sociedad las encierra, y de extender sus pensamientos á todos los objetos que puedan hacernos mejores y mas felices.

Ábrese delante de ellas un mundo religioso, filosófico y moral: su mision consiste en introducir en él á nuestra niñez, como en un templo santo, en el cual el alma se estudia á sí misma y se reconoce en presencia de su Dios.

Detengámonos un momento en un asunto tan grave. El pensamiento del hombre no se encierra, como el de los animales, en los límites de este globo. El pensamiento del hombre deja lo visible por lo invisible, y desembarazándose de la materia va á perderse en las contemplaciones del infinito. Allí está toda nuestra grandeza, pues que allí y solo allí hallamos el principio de nuestro ser, las bases de nuestra moral, el último porque de nuestra existencia fugitiva. La verdad brota del mundo inmaterial, siendo la antorcha de la otra vida que brilla su luz en esta.

Así las mismas necesidades de nuestra existencia terrestre arrastran nuestra alma hácia ese mundo desconocido. Allí colocara Dios el orígen de la verdad y de la virtud con la revelacion de una vida mejor.

El estudio de estos grandes fenómenos compone lo que Sócrates hubiera llamado la *ciencia importante* que es la materia de esta obra.

Ciencia de nosotros mismos que conduce al conocimiento de Dios.

Ciencia de las leyes morales de la naturaleza que conducen al conocimiento de la verdad.

El hombre puede llegar á él, pues que aspira á conseguirlo; es la tierra prometida y vislumbrada: tierra que nos será dada, porque nos fué prometida y vislumbrada; y me atrevo á decir que los que lean esta obra con atencion, habrán adelantado algun paso en esta carrera. No entra el hombre en un asunto tan grandioso, sin participar de su grandiosidad; el alma que se mece en él, sale mas brillante y mas pura; y el hombre se engrandece con solo ensayarlo.

Se nos objeta lo profundo de la materia, lo débil de nuestra naturaleza y la resistencia pasiva que esta opone á las meditaciones que la abruman, y no se considera que la verdadera filosofía es clarísima y que la oscuridad está solo de parte de los filósofos. Por su lenguaje bárbaro y pedantesco, la filosofía es la ciencia de la minoría, pero por el fondo de sus pensamientos es la ciencia universal: ¿no es ella la que une el hombre al hombre, y el linaje humano á Dios? ¿Cuántas veces he hallado al aldeano en su cabaña y al soldado en su bivac ocupados en las vastas cuestiones de la nada, y de la eternidad, que absorben las meditaciones del sabio? No sé que pueda haber una metafísica mas trascendental que la de un campamento, la noche ántes de una batalla. ¡Cuántas silenciosas contemplaciones de los mundos y del infinito! ¡Cuántos pensamientos hácia las creaciones invisibles! ¡Cuántas fervorosas súplicas hácia aquella vida celestial, que ayer teníamos olvidada, y que en aquel momento es algo mas que esperanza! Si una bala me mata, mañana todos estos soles brillarán bajo mis pies! Dios se revela á los que van á morir; y del seno

de esta multitud que ninguna instruccion morigera, que ninguna religion humaniza, de esta cloaca impura de desórdenes, de crímenes, de impiedad, se eleva de improviso un pensamiento inmortal que traspasa todas las almas y las transporta al seno de Dios!

Así las meditaciones de Sócrates moribundo animan á un ejército entero; ¿qué digo? animan á todos los que tienen un alma: los mas débiles se entregan á ellas con delicia, porque tienen cierto presentimiento, porque tienen necesidad de ellas. Cuando en la edad de quince años, en nuestros paseos solitarios nos imaginamos una vida ideal de virtud y de amor; cuando la muerte nos parece tan hermosa y tan bella que aspiramos á ella como una felicidad, cuando la palabra *siempre* se nos hace inteligible, y cuando en esta tierra en que todo pasa, en que todo muere, hablamos de amar eternamente, es un velo que se corre, es un nuevo mundo que se descubre: el sentimiento de lo bello, el sentimiento de lo infinito se colocan entre el cielo y nosotros, como escalones que nos conducen á él.

¿Qué niña no se ha formado la idea de una imágen divina del hombre á quien ha de amar? El pudor no cede al amor, sino porque le ve en el cielo, santificándole en la tierra por medio de la eternidad.

¿Qué jóven, al leer la profesion de fe del vicario Saboyardo, no ha concebido la idea de añadirle un capítulo, de buscar á su vez el secreto del Ser, y las pruebas de la inmortalidad? En medio de que admiramos una obra de tanto mérito, no podemos dejar de conocer que es incompleta. El alma de cada jóven encierra en sí una mas bella y mas decisiva que desea con ardor poner en obra; y este sentimiento enérgico no es una vanidad terrestre, sino un llamamiento, una revelacion de la divinidad.

Entrad en nuestras iglesias, contemplad á esa multitud arrodillada al pié de los altares: los mas humildes comunican con el mundo invisible. ¡Ah! si pudieseis oir sus plegarias! las preguntas que se dirigen al cielo, esa inquietud de nuestra suerte futura, los votos ardientes pidiendo fe y luces; reconoceriais todas las cuestiones, todas las dudas que atormentan á los filósofos, y quedariais convencidos de vuestra inmortalidad!

«Todos, dice un escritor sensible y profundo, somos filósofos sin pensarlo, ó por mejor decir. en despecho de nosotros mismos (1). Kant en Kœnigsberg pasaba su vida en su gabinete, meditando sobre el alma y el deber; su criado el anciano Lampe tenia sin duda su entendimiento atormentado de los mismos problemas. Limpiando en el jardin la ropa de su amo, estaba reflexionando que Kant era ya muy avanzado en edad, que moriria un dia, tal vez muy pronto! ¿Qué será despues de su muerte, de un profesor tan sabio, tan ilustrado, y tan bueno? Y qué, ¿habrá acabado todo para él, cuando estará allí bajo en el cementerio detras de la torre? ¿Será cierto lo que nos dice el ministro en los domingos? ¿Qué hará en el otro mundo de toda su ciencia? ¿Y yo volveré á verle en él? El hombre que no ha hecho mal á nadie, me parece.....» Y despues llegaba la hora de servir el almuerzo, y el buen hombre pensaba en otra cosa. ¡No nos admira el modo con que el gran filósofo y el criado humilde embebidos en los mismos pensamientos llegan á las mismas soluciones, el uno por la fuerza de su eminente ingenio, y el otro por la simple conivccion de una buena conciencia!....

Pero la multitud, replicaréis, no conoce las inquietudes que os atormentan! Y yo os digo, que entre los seres mas vulgares, los mas estúpidos, no hay uno siquiera, no hay un solo hombre á quien un dia, en una circunstancia grave no se le hayan presentado como un rayo de luz estas melancólicas cuestiones: ¿qué soy yo? de dónde vengo? adónde voy? El pueblo no tiene nuestras ciencias; la miseria le envilece, la civilizacion le abandona, pero no importa. Existe un maestro poderoso, encargado por la naturaleza de dispertar este sentimiento, y este maestro que debe hacernos completos, este maestro, gracias á Dios, no ha faltado jamas á hombre alguno; es la desgracia!

(1) M. Dondans en un artículo inserto en el Diario de los debates.

Dios y la nada, la fatalidad y el deber, son grandes cuestiones que nos agitan á todos, segun la extension de nuestras pasiones y el alcance de nuestro entendimiento. Ahí estan para resolverlas la filosofía y la religion: centinelas vigilantes que advierten al género humano, que al otro lado de lo que ve, hay alguna cosa mas.

No hace muchos dias que una jóven coqueta y lijera, absorta momentáneamente en el dolor que le ocasionaba la muerte de su novio, me decia: «Por favor, indíqueme V. algun buen libro, que trate de la inmortalidad del alma; no porque yo dude de ella, sino porque desde que él ha dejado de existir, necesito alimentarme de esta idea y conocerla mejor.» Despues, dando un profundo suspiro y una triste mirada, oí que en voz baja decia: «Dichosos los hombres que pueden dedicarse á unos estudios que consuelan.» Y como si hubiese hecho un esfuerzo para vencer su timidez: «Ya me entiende V., añadió, perdiendo un tanto de su extrema palidez; es, creo, lo que llaman Vdes. filosofía.»

Así la desgracia y la muerte, grandes preceptores del linaje humano, desmaterializan nuestros pensa-

mientos y espiritualizan nuestras afecciones, manteniendo las almas en una actividad saludable.

A fe mia no acertara á presentar cosa que expresase mejor la miseria de nuestras educaciones, que el aire melancólico con que esta jóven volvió sobre sí! Por un efecto de nuestro necio orgullo, guardamos para nosotros la filosofía que miramos como un adorno de colegio; mas valdria, sin duda, que hiciésemos partícipes de ella á las mujeres: ¡qué grato fuera, ¡oh Sócrates! ¡oh Fenelon! poder reunir en este libro de consuelo y de amor, libro vivo, abierto siempre á la debilidad y á la desgracia, todas vuestras inspiraciones sublimes, palpitando aun con la ternura de nuestras madres y con el amor de nuestras mujeres! Apresurémonos, pues, iluminemos su corazon, á fin de que sus rayos amorosos reflejen en todos los dias de nuestra vida.

¡Qué suerte tan desgraciada la de las mujeres! Al verlas expuestas á todas las seducciones del placer, á todas las agonías del dolor, como amantes, como esposas, como madres, sin mas armas que su debilidad, ¿quién no comprenderá la urgencia de darles una educacion completa, que les facilite el recurso de una virtud mas poderosa que los dolores que les esperan y que las seducciones que les amenazan? En otro tiempo la religion las instruia desde el púlpito; pero concentrando su moral en la penitencia, mas las movia al arrepentimiento que á la virtud. Los Massillon, los Bordaloue, los Bossuet procuraron sofocar las pasiones; en vez de que hubieran debido ensayar á dirigirlas. Léjos de sostener la humanidad, la disolvian bajo el yugo de una doctrina violenta, que hacian brillar con el fuego del infierno. Sus mayores prodigios no se cifraban en hacernos vivir honestamente en el mundo, sino en arrancarnos de él: á su voz toma Lavallière el saco ú hábito de la

penitencia; las Chevreuse y las Longueville vuelan al desierto á llorar sus faltas; y las reinas elevan templos, fundan conventos, y corren á humillarse debajo de sus bóvedas!

Sin duda no han sido infructuosas para la humanidad las elevadas verdades morales repetidas sin cesar en los altares en presencia de Dios; y si se las desembarazase de todas las supersticiones que las degradan y de las doctrinas crueles sobre la eternidad de las penas, sobre las venganzas de una divinidad desapiadada, las mujeres podrian aun hoy recibir en ellas una instruccion fuerte y poderosa; pero los templos estan poco ménos que solitarios, los ministros del altar ruegan allí solos, oyendo á lo léjos el ruido de un mundo que no admite ya las ideas del otro siglo. Antes el pueblo acudia á ellos, porque eran los primeros en los senderos de la sabiduría: hoy el pueblo les espera á su vez, porque los ha dejado atras. Así es que la instruccion moral se les escapa: triste reaccion de nuestros excesos! Las impiedades teológicas han traido el olvido de la religion, y el olvido de la religion nos entrega sin fuerzas á toda la vanidad de nuestra inteligencia.

¿Qué les queda pues á las mujeres? Alguna práctica de devocion y la misa en los dias festivos; ninguna direccion moral, ninguna direccion religiosa, pues no acierto á dar este nombre á la instruccion limitada y mezquina que se confia á la memoria de la primera edad, y que no hallándose apoyada, ni en la conviccion de los padres, ni en el ejemplo de la familia, viene á ser un sueño en el sueño de la vida. Sin embargo la impresion religiosa existe, y auxiliada del amor maternal basta para reanimar completamente el alma. Estos dos sentimientos inalterables en las mujeres, son hoy la última esperanza de la civilizacion, y miéntras todas nuestras educaciones tienden

á debilitarlos, nosotros nos proponemos robustecerlos y renovar su poder.

Este poder es todo moral: lo buscaremos primero en el estudio profundo de nuestras facultades materiales y espirituales; trazaremos la línea que las separa: cuáles de la tierra, cuáles del cielo; division importante, harto descuidada hasta el dia, y cuya ignorancia nos tiene sumergidos en las tinieblas. Antes de trazar esta línea, oprimen al hombre los vanos fantasmas del materialismo; la duda lo confunde; pero una vez hecha la separacion, los fantasmas se desvanecen, las tinieblas se disuelven y aparece la verdad consoladora.

Demostraremos que esta separacion tan sencilla es sin embargo suficiente para establecer la existencia de Dios, y la inmortalidad del alma; no como dogmas, sino como hechos, tan independientes de las ilusiones del pensamiento, como de las formas del raciocinio. Es una satisfaccion ver desprenderse del mundo invisible verdades tan elevadas, luminosas é irrecusables, como la incógnita de un problema de matemáticas. Estas verdades, es cierto, se abren paso al traves de las sensaciones terrestres, pero sin proceder de estas; ofrécennos un nuevo conocimiento del Ser, y por consecuencia nuevos elementos de educacion. El niño se presenta á su madre como una criatura divina; no se trata solo de instruir una inteligencia, sino de desarrollar un alma; y la madre conoce esta alma, sabe como ha de iluminarla, como ha de instruirla. No faltará quien provea al buque de velas y aparejos; solo instruya ella al piloto, siéntele en el timon, déle su brújula, y ántes de lanzarle en el océano del mundo, manifiéstele en el cielo la estrella que le ha de guiar.

Del estudio del hombre pasaremos á la indagacion de la verdad: la verdad es lo opuesto al error, y el

error es la barbarie y el crímen que devastan el mundo.

La verdad no pertenece ni á un hombre, ni á una casta, ni á un pueblo, ni á una religion. Su carácter es la belleza, la utilidad, la universalidad. Nuestras pasiones y nuestras supersticiones son las tinieblas que la rodean; las leyes de la naturaleza son su luz.

Nuestro objeto es examinar las cuestiones morales, filosóficas, políticas y religiosas que importan al hombre, y reconducirlas á la verdad, sometiéndolas á una autoridad inmutable.

Así llegamos por grados á los estudios morales del Evangelio, que es la parte mas importante de esta obra; decimos la mas importante, porque toda educacion que no es religiosa, hace incompleto al hombre, y á lo mas á lo mas consigue formar un animal inteligente. Es un error pensar que el hombre es grande por la sabiduría, el hombre no es grande, no es hombre sino por el conocimiento de Dios. Fuera de él no hay mas que una vida limitada y una filosofía sin luces.

¿Porqué el egoismo general? ¿Porqué el amor del oro, porqué el amor del poder, el amor de la venganza en lugar del amor de la humanidad? ¿Porqué tantas ambiciones que producen tantos crímenes? ¿Porqué tanto homicidio, tanto adulterio, tanta ingratitud, tanta calumnia, tanta divagacion, tanta depravacion? Dos causas: el error y la miseria. Un solo remedio: la religion.

Podrán los hombres agitarse, atormentarse, quebrarse la cabeza para reemplazar á este poder divino: consultarán en vano todas las ciencias que les llenan de orgullo, lo mismo los números del álgebra, que las líneas de la geometría; todos estos vastos desarrollos del entendimiento no les presentarán sino la materia de un erudito. Para formar un hombre,

es necesario desarrollar su alma; y en apareciendo esta busca á su Dios, volviendo otra vez á la tan despreciada religion. Solo la idea de Dios hace al hombre completo.

Tal es en resúmen el plan de estos estudios. Los dirigiremos á las madres, no porque confien sus principios á la memoria de sus hijos, sino para que se los impriman generosa y profundamente en el alma; su mision no es enseñar, sino influir: las mujeres no nos hacen sabios, sino que nos inspiran y nos dirigen. En el seno de la familia recibe el niño cierto número de ideas propias de su siglo, de su nacion y del rango que ocupa en ella. Estas ideas son mas ó ménos elevadas, mas ó ménos verdaderas; unas expresan pasiones políticas ó religiosas, otras no son mas que preocupaciones, supersticiones: no importa! metido en aquella atmósfera se impregna de ellas; se transforma en todo lo que ve, en todo lo que oye, realista ó jacobino, fanático ó ateo: como en otro tiempo Armagnac ó Bourguignon, Navarro ó de la Liga. Las impresiones de su niñez, la pasion por un partido, por un interes, jamas por la verdad.

¿No veis ahí el orígen de nuestros errores? ¿Y no veis que podria ser el orígen de nuestras verdades? Al seno pues de la familia debe llevarse la educacion. En ella ha de aparecernos la verdad, como el deber en Esparta, la patria en Roma. La verdad es el móvil de las naciones modernas, á la cual está prometido el mundo entero; y si del amor de la patria se han visto salir pueblos de héroes, de este amor mas vasto y mas sublime se verá salir la civilizacion del linaje humano.

CAPÍTULO XIII.

DE LA ABUELA.

Las mujeres que comprenden bien sus derechos y sus deberes como madres de familia, no tienen sin duda motivo de quejarse de su destino. Si hay desigualdad en los medios de felicidad concedidos á los dos sexos, es en favor de las mujeres.

(Madama SIREY, *la Madre de familia*, t. I, p. 129.)

La madre que vive en sus hijos y nietos tiene en la especie humana el feliz privilegio de no sentir el dolor que causa envejecer.

(Madama SIREY, *la Madre de Familia*, t. I, p. 155.)

EDUCAMOS á las mujeres por medio del entendimiento; y debiéramos hacerlo por medio del corazon, porque las mujeres no saben bien sino lo que el corazon les enseña. De ahí las virtudes mas elevadas, los mas profundos desvíos. Si ilustrásemos su corazon, no habria mas que virtudes: y tendríamos ángeles en vez de mujeres.

Y efectivamente á este vicio de la educacion debemos atribuir las mayores desdichas de la mujer. La ternura maternal, por ejemplo, está llena de decepciones, cuyo único orígen es el egoismo y que no dejamos de atribuir al amor. Ilustrad el alma de esa pobre madre, y haréis salir sus mas gratas satisfacciones del mismo sentimiento que la corroe.